

## Con los ojos en el Politeama

Por Juan Manuel Chávez

A Davis Hanson y Luis Alberto Sánchez,  
en este mundo y en el otro.

—Mi lord Chelmsford había sido muy claro cuando indicó que, si desarmados nos encontrábamos con un león en medio de la sabana, lo último que debíamos hacer era correr, ya que al fugarse le da la espalda al enemigo y uno queda desprotegido e ignorante respecto a su táctica de ataque. Además, frente a frente siempre eres el rival, mientras que escapando no eres más que una presa, el bocado de quien va a sentirse mucho más fuerte. Lo cierto es que en ninguna ocasión me topé con una fiera en el sur del África, pero sí con 4.000 zulúes que marchaban con sus lanzas en la mano para echar por tierra nuestro campamento de Rorke's Drift. No pasábamos de un ciento de fusileros de la compañía B del 24° Regimiento de su Majestad, la Reina Victoria de Inglaterra, cuando nos enfrentamos a esos salvajes durante dieciséis horas de combate, y nunca huimos. Fuimos el verdugo de esos idólatras y sodomitas.

“Aunque en mi caso la situación fue excepcional: Yo me encontraba dentro del hospital, al extremo de nuestro campamento, tendido en una camilla mugrienta por causa de una gangrena en la pierna izquierda cuando comenzó el ataque de los guerreros comandados por el príncipe Dabulamazi. Una gangrena en la pierna izquierda...”.

Esa frase quedó flotando en el gran salón de la calle del Sauce, a varias cuadras de la Plaza de Armas de Lima, como una reminiscencia demasiado nauseabunda para ser mencionada en una cena de gala en la ciudad restaurada. La energía sin eufemismos de la confesión llamó la atención de Manuel a varios metros de distancia mientras conversaba con otros poetas y algún político.

Volteó a mirar, intrigado: al centro de doce o catorce personas, un hombre con el rostro desfigurado por quemaduras, sin oreja izquierda y con la mejilla surcada por una cicatriz de combustión, se acomodaba en el sillón central para proseguir con su relato. Afianzado en el piso, el calzado de cuero blanco en su pie derecho hacía más evidente el muñón que tenía por muslo. A simple vista, parecía un tipejo horrible que hablaba con la clarividencia del héroe que ha sobrevivido a la tragedia. Manuel se preguntó qué valor tendría ese inglés contemplado de cerca, pues su sola presencia podría tomarse como un insulto a la elegancia y modales del resto de invitados.

Por su parte, el inglés prosiguió con la voz retumbante luego de comprobar que lo escuchaban más allá de su círculo cercano, captando la atención de las mesas próximas, seguro de que hacía un grueso favor a los limeños de ese recinto narrándoles una aventura épica donde la valentía iba

pareja a la disciplina y el honor. De algún modo, los varones eran un atado de cobardes y la mitad de las damas, un rebaño de prostitutas.

Había llegado a Lima desde Valparaíso tres años atrás, en 1881, cuando fue recomendado por el oficial Gonville Bromhead como asesor en conflictos armados para las incursiones por tierra que emprendería el ejército chileno en las serranías del Perú, frente a ronderos, campesinos y guerrillas indígenas. Fue recibido como especialista y demiurgo por las tropas invasoras; sin embargo, sus recomendaciones tácticas y estrategias de ofensiva fueron insuficientes al cabo de cinco meses de tratativas. La defensa que se hacía en los Andes del Perú era tan efectiva como invisible, al punto que decidió abandonar su rol de consejero en asuntos bélicos para ocupar un lugar eminente entre la elite capitalina. A fin de cuentas, el dinero no le era escaso y su condición de foráneo y militar prevalecía sobre su posición política: cómplice del enemigo.

Tiempo atrás, cuando en junio de 1879 regresó a Londres desde el Cabo de Buena Esperanza junto a otros soldados de la compañía B del 24º Regimiento de su Majestad, se inclinaba a considerar su retiro de las fuerzas especiales. Dos décadas de luchas en tres continentes eran motivo suficiente para descansar del fuego y la muerte; más aún con una extremidad mutilada y una sordera parcial. No obstante, ansiaba retirarse con el mérito de una condecoración.

La tarde de julio en que el soldado Hook, su compañero de armas, recibió en el pecho la cruz Victoria como la recibieron un puñado de oficiales por defender con idéntica entrega que él la guarnición de Rorke's Drift, su futuro se le hizo un pantano y el presente, una contrariedad humillante. Hook estaba a la altura de la presea por haber rescatado del hospital en llamas a ocho pacientes; ocho hombres que no habían dejado de disparar durante horas contra los salvajes. Sin embargo, el mérito del joven sargento estribaba en su capacidad para pensar con solidaridad en el otro, cuando el otro sólo se enfocaba en matar al contrario. Hook le había salvado la vida y por esa misma razón, arruinado su gloria.

Aceptó el encargo de viajar a las costas del Pacífico para involucrarse en un conflicto fratricida que no le incumbía, porque sencillamente no tenía nada mejor que hacer con su dignidad. Además, estaba seguro de que en Perú, Chile o Bolivia, su experiencia sería patrocinada por el asombro ajeno y sus hazañas tan reales como victoriosas, un motivo para las alabanzas. En tierra de ciegos, le provocaba hondamente ser por fin el rey tuerto del caminar.

No era la primera vez que Manuel advertía su presencia en una reunión, y menos, le era desconocida su biografía. Para resumir su existencia, sus mejores amigos decían que el inglés gustaba de la vida tanto como la aborrecía. Para Manuel el asunto se juzgaba desde otra óptica: el veterano soldado había sido estrategia del enemigo; el veterano soldado era el enemigo en meses de paz.

Las conversaciones proseguían en el salón, las intromisiones, las presentaciones. El profesor de música José Benigno Ugarte lo saludó a la distancia con el gesto presuroso de quien se acercará más tarde; mientras que un muchacho lo abordó para comentar la singularidad de sus versos, la magnificencia de su poesía; pero Manuel prefería prestar oídos al extranjero, quien ya explicaba como perito las virtudes de sus fusiles.

—Nos defendimos con el Martini-Henry, —indicó para sorpresa de muchos—. Sí, señores, dijo, no usamos rifles de repetición ni el Winchester modelo 1873 en la lucha con los guerreros del príncipe Dabulamanzi, sino un armamento tres veces más lento, de tiro a tiro. Nos inclinamos por la precisión a la rapidez para luchar contra salvajes que tienen la velocidad de una gacela, a consecuencia del régimen conservador de nuestra corona. Con balas de calibre 45 y cuatrocientos ochenta gramos de peso, he matado a mil metros de distancia durante dos décadas y en cuatro lenguas distintas. El 22 de enero y la madrugada del 23 yo hice blanco en sesenta enemigos, quemándome las manos cada vez que se sobrecalentaba el arma. No imaginan la efervescencia que se padece al estar tendido en una camilla con un incendio a las espaldas, observando por un agujero minúsculo, disparando por otro en la noche estrellada del África, y que el fusil se encasquille. Coger por unos segundos una varilla para limpiar el arma y acomodar los cartuchos dilatados en su interior, puede equivaler a la muerte. En instantes, los zulúes ganaban decenas de metros a trancos largos, en saltos y avances en diagonal cuando interrumpíamos el ritmo de los disparos. Solo en situaciones así puede descubrir uno de qué está hecho, señores, —vociferó el inglés antes de tomar su cuarto vaso de whisky sin hielo, extendiendo las manos como un actor de teatro que aguarda los aplausos.

Manuel pensó en el Tratado de Ancón, la infamia de la invasión chilena del país, la bancarrota nacional y lo bochornoso de su condición ciudadana. Juzgó con decepción al grupo de poetas que seguía conversando a su alrededor sobre las influencias hispánicas o las nuevas tendencias francesas, también al politicastro que relataba una anécdota de promiscuidad; todos de su edad, tres o cuatro con algunos años menos. Estaba seguro de que ninguna generación “había recibido una herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni vergüenzas más justas que satisfacer”<sup>1</sup>.

El 15 de enero de 1881, Manuel González Prada formaba parte de la defensa de Lima como segundo jefe del batallón de la Reserva, a la espera de órdenes superiores para luchar contra el ejército chileno. Luego de la derrota del *Huáscar* en las costas de Angamos y la muerte del almirante Miguel Grau, las aguas del océano eran una vía libre para el enemigo. Quedaba proteger el territorio capitalino hasta con la vida. Así lo consideró días atrás cuando abandonó su plácido descanso en la hacienda El Tutumo, en Mala, para aguardar en pie, furioso, ilusionado y con temor a la vez, el grito de adelante. Pasaron los minutos, las horas, y por disposición expresa del Presidente de la República, su regimiento no actuó. Nunca supo las razones, solo los resultados: se perdía Miraflores, luego de que claudicara todo el sur del país, y se entregaba a manos extranjeras la casa de gobierno.

A veces los hombres persiguen las oportunidades para el honor y estas, los esquivan; en otras ocasiones es la gloria la que encuentra al desvalido, dando origen al héroe. El inglés parecía una conjunción nada armónica de virtudes tan grandes como el patriotismo y la responsabilidad con defectos esperpénticos como la soberbia y la fanfarronería. Manuel no podía detestarlo, pues a decir verdad ese individuo contrahecho no era el enemigo, sino un mercenario que alquilaba sus conocimientos de guerra al mejor postor; incluso, alguien que cumplía con la autonomía de la obediencia las disposiciones de su alto mando y los proyectos de su monarquía. Era un ciudadano libre; además, el tipo de guerrero que el aparato estatal debió contratar en el Perú para delinear la salvaguardia nacional cuando las escaramuzas se reducían a torpes choques de soldados en las fron-

1. Estas líneas del cuento proceden de la frase pronunciada en el “Discurso en el Politeama”, 1888.

terras de Bolivia, a miles de kilómetros de distancia de la capital; pero claro, desde la presidencia de Prado hasta la de Lizardo Montero, la síntesis era “la imbecilidad en la acción”<sup>2</sup>.

Qué individuo tan diferente de las mujeres y varones del Perú, conjeturó Manuel al juzgar su biografía con mayor atención. Casi la totalidad de las damas de esa reunión, y con ellas sus hijas, criadas o enemigas, dejaban transcurrir los días en la celebración de “bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad y de la muerte”<sup>3</sup>, devotas de un catolicismo caduco, esclavizante. Dependencia equivalente a la del individuo de la sierra, siempre preocupado por su comarca sin vislumbrar la enormidad del país... “Si del indio hicimos un siervo, ¿qué patria defenderá?”<sup>4</sup>, se preguntó Manuel con la culpa palpitando en el pecho. “¿Quién puede arrojar la primera piedra?”<sup>5</sup>, consultó consigo mismo en silencio, taciturno entre las risas de sus compañeros de letras, sentado aún, sumido en reflexiones.

Se estaba hablando de yaravíes, también de sonetos y algunas fábulas. Bécquer parecía un dios entre esos marchitos creadores de falsedades, esos escritores asalariados por el régimen de turno. Creían en la palabra como un remedio para la autoestima del país y un paliativo contra la derrota espiritual. Dignos de ovación, de vítores y de respaldo, “pues si hay algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado... Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra”<sup>6</sup>.

—Algún día un historiador escribirá que el 22 de enero de 1879 la guarnición de Rorke’s Drift demostró que contaba con los cien hombres más peligrosos del mundo, —expresó el inglés sin temblarle la voz, con su sexto vaso sin hielo bamboleando entre las yemas de sus dedos. Rompió en carcajadas, dichoso, maniático, henchido por la seguridad que tenía en cada una de sus palabras.

Aunque la frase fuera errónea, ilegítima en cada unas de sus grandilocuencias, lo cierto es que sugería un contraste con el peruano que debió defender su territorio ese mismo año al otro lado del mundo. “No solo derramamos la sangre, exhibimos la lepra”<sup>7</sup>, pensó Manuel al alejarse de los poetas, dejando la mesa donde el tema ahondaba en bromas de cama e intrigas sobre los cambios de rumbo en la corrupción del poder. Recordó Manuel que, cuando murió Grau, el día fue lluvioso y la noche, tenebrosa. El clima parecía de duelo. Días después se enteró de la noticia gracias a la carta de un primo que, en la última línea, resumió la tragedia: “Ha muerto el hombre”. Con profunda angustia, conjeturó que la derrota del país podría estar cerca; pero como “la rosa no florece en el pantano”<sup>8</sup>, creyó también que la inmolación del Almirante habría de ser el motor que impulsara los corazones pusilánimes de los compatriotas por encima de la mediocridad. Convertir el pantano en que se hundía la nación en el campo fértil de la lucha con honor. Un anhelo maravilloso cuando se enroló en Lima, un anhelo fúnebre cuando la ciudad fue ocupada por años.

2. En “Discurso en el Politeama”, 1888.

3. En “Discurso en el Teatro Olimpo”, 1888.

4. En “Discurso en el Politeama”, 1888.

5. En “Discurso en el Politeama”, 1888.

6. En “Discurso en el Teatro Olimpo”, 1888.

7. En “Grau”, 1885.

8. En “Grau”, 1885.

Ese extranjero los estaba insultando cuando se posó sobre la única pierna que le quedaba completa para narrar, como un presentador de circo, la odisea de su heroísmo personal, muy consciente de que ninguno de los presentes había sido capaz de algo ínfimamente similar. Se sentía león entre bocados.

“¿Quién puede arrojar la primera piedra?”<sup>9</sup>, rumió Manuel a escasos dos metros de ese protagonista de la reunión; dubitativo, confuso. Se imaginó hablando, replicando con su gran altura, la intensidad de sus ojos azules, la galanura de sus bigotes, la elegancia de su porte y la feminidad de su voz de adolescente. Acaso era el momento de elevarse “unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales”<sup>10</sup>; acaso. Acaso alguien entre los presentes podría hacerlo. Quizá el ministro, quizá el letrado, quizá el juez, quizá el docente. Un pequeño, un niño que es el futuro, tendría la nobleza intacta para asumir la respuesta a una pregunta que no se lanzaba. “Contamos con un acreedor, el porvenir”<sup>11</sup>, especuló Manuel al revitalizar el recuerdo de una derrota que seguía mutilando al Perú: el departamento de Tacna en poder de Chile, Arica al otro lado de las nuevas líneas limítrofes, los bienes personales y públicos como botín de guerra, los ejemplares de la biblioteca convertidos en ceniza y doblegada la virginidad de las muchachas de la capital por los apetitos lascivos de la soldadesca invasora.

El inglés inició el relato de las dieciséis horas que duró el asalto de Rorke’s Drift, con la atención de cada uno de los presentes, suspendidas sus conversaciones, postergado el brindis y estancada la música.

—4.000 zulúes. 4.000 guerreros al mando del hermano del reyezuelo... En cambio, nosotros estábamos comandados por dos tenientes sin experiencia y el sargento retirado que se hacía cargo de la cantina del campamento. Nuestro primer problema era el muro defensivo, después de aceptar el hecho de que superábamos por poco el número de ochenta fusileros. Con cajas y sacos de harina, estructuramos un perímetro de cuatrocientos metros de largo y dos de altura en menos de lo que dura un partido de fútbol. Incluso, los que permaneceríamos en el hospital, ahuecamos con golpes de bayoneta las paredes, a fin de cuantificar el ataque masivo y responder con disparos.

—Antes de caer la tarde, los tiradores y lanceros del ejército de Dabulamanzi se encontraban a solo cientos de metros de nosotros. Pensé que no habría nada más aterrador que percibir los gritos de esos decapitadores y caníbales ocasionales desde un agujero, encerrado entre paredes e inutilizado para el movimiento en la camilla. Eran las cinco o seis de la tarde cuando al frente, pero también a los lados, resonaban tambores, chasqueaba el metal contra las piedras y los disparos del fuego cruzado parecían explosiones sin término. Con levantar la cabeza, yo solo miraba alrededor la blancura sucia del hospital, como una cápsula que temblaba. Sin embargo, horas después sentiría pánico: desde la enfermería se propagó el fuego hasta el pabellón de los pacientes, donde seguíamos tumbados con los fusiles Martini-Henry en la mano y decenas de municiones sobre las colchas. En pleno incendio, cuando el humo me cegaba y mi cerebro se intoxicaba, yo no dejé de matar a los salvajes.

9. En “Discurso en el Politeama”, 1888.

10. En “Discurso en el Politeama”, 1888.

11. En “Conferencia en el Ateneo de Lima”, 1886.

“Sabén, tres días atrás me había roto la pierna en maniobras de prueba; estaba convaleciente y adolorido hasta el alma en los momentos en que el fuego recalentó los metales de la camilla. Dentro del horno que era el hospital, experimenté un enorme cansancio, también mareos y confusión. El arma se escurrió de mis manos, mientras yo enumeraba la cantidad de cartuchos que había gastado, en contraste con las horas que parecían faltar en la contienda. No recuerdo más”.

El inglés, con la mirada exaltada, interrumpió su relato para darle respiro a sus pulmones, aunque el gesto histriónico de sus brazos sugería que la pausa era una gentileza para su público, boquiabierto y ansioso.

—No es fácil ser héroe, —dijo tan en broma como en serio, al beberse otro vaso completo de whisky.

Varios rieron con complicidad, salvo el entorno del invitado de honor que había entrado al salón minutos antes. A Manuel le impresionó mucho contemplar de nuevo en Lima a Francisco García Calderón. El ex presidente provisional volvía del exilio, luego de varios años. El 6 de noviembre de 1881 fue arrestado y a los pocos días, desterrado por el enemigo a Valparaíso, luego a Rancagua, pues como mandatario se opuso al tratado leonino de las fuerzas de ocupación chilenas. Que el Perú fuera saqueado, ya era una tragedia; la invasión, la más grande de todas; pero que además se cediera territorios a perpetuidad, implicaba derrumbar el imaginario de nación que se venía instituyendo desde la década anterior. El noble abogado se negó a firmar las pretensiones del contralmirante Patricio Lynch y la codicia de su gobierno en Santiago, consciente de que la dignidad de un país palpitaba en su soberanía.

Manuel le estrechó la mano con profunda emoción, aunque discrepara de sus perspectivas estéticas y mucho más de su conservadurismo político. García Calderón representaba el pasado, como el anticuario Ricardo Palma que estaba al otro extremo del recinto. Valiosos, nobles e incompetentes. “¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!”<sup>12</sup>, se dijo como en juego, perfilando una idea que todavía no encontraba un cauce definitivo en sus reflexiones sobre el Perú.

Alejado del grupo de poetas y politicastos por la puerilidad de sus comentarios, el interés por escuchar más de cerca al extranjero inquietante y tragicómico no fue suficiente como para animarse a acompañarlo en la ruta final de su relato, menos aún para saludarlo. La noche estaba por tornarse un enredo de vanidades o de zalamerías.

Consideró lo mismo el profesor José Benigno Ugarte, cuando lo tomó del brazo con gesto respetuoso, proponiéndole salir del lugar como un guardaespaldas le sugiere un nuevo escondrijo a su patrón.

—Es hora de dejar esta selva de leones, ratones y víboras, —comentó al descuido.

A pesar de que habían transcurrido varias décadas desde los viejos tiempos del colegio inglés y alemán en Chile, donde sus respectivas familias sobrellevaron el exilio político, todavía mantenían

12. En “Discurso del Politeama”, 1888.

su amistad como un reducto de candor. En muchos sentidos, cada uno fue la conciencia del otro ante la condición de foráneos que les tocó compartir entre los estudiantes poderosos y resentidos de Valparaíso. Y si bien el lazo que los unía era la fraternidad, Manuel terminó por valorar en Ugarte un aspecto esencial de su personalidad y la conquista más elevada de su cualidad profesional: vocación de servicio junto a un oído maestro para las composiciones clásicas. “Llegará el día en que se proclame tu nombre después del estruendo de aplausos más justo de nuestra tradición musical”, le vaticinó Manuel la tarde de primavera en que ovacionó en pie su recital de cuerdas. “No hace falta tanto... Con ser director del Colegio de Lima me basta”, respondió Ugarte entre risas: “Desde esa trinchera puedo hacer más”.

Al traspasar la puerta, Ugarte le contaba a Manuel que el inglés hablaría ahora de su desmayo, después se quejaría por haber sido rescatado del hospital, recaería otra vez en la medalla del soldado Hook y, al final, narraría con habilidades de mercachifle la resistencia en la madrugada. Agregó que el inglés expondría con suficiencia de político, sobre la pierna buena y apoyado en una muleta, que siguió disparando hasta las cuatro de la mañana. Ugarte pronosticó que el inglés ejercitaría su mejor cara de consternación a la hora de indicar con lujo de detalles que solo a las seis, con el alba, los zulúes se marcharon exhaustos, vencidos, humillados, porque habían cercado a un centenar de invencibles. Veinte mil cartuchos regados dentro y fuera del campamento de Rorke’s Drift, además de ochocientos enemigos muertos. Ugarte apuntó con sorna: “Ya es conocida la historia, aunque de vez en cuando varía el saldo de fallecidos y la cantidad de municiones consumidas, Manuel”.

—Eres cruel, mi buen amigo —le bromeó al profesor una vez en la calle, bajo los faroles de la ciudad.

—No, poeta, más crueles serán las hipocresías que tendrá que justipreciar el ex presidente allá dentro.

La noche era fría y neblinosa. Parecía invierno a pesar de la estación. Parecía el invierno de un país nórdico, sin personas fuera de las casas y menos aún, algarabía; pero no era así, era el tiempo de un país desvalijado, donde las casas estaban derruidas y los contados edificios públicos, desmoronados. Los lujos, coches y caballos eran propiedades de otra época, de las décadas muertas del guano. Para algunas gentes en los cinturones de la ciudad, incluso escaseaba la comida. Manuel permanecía pensativo, y así se lo hizo notar el profesor con gesto extrañado.

—Mi querido amigo —le expresó Manuel con tono enfático—, “exceptuando la Independencia y el 2 de mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio”<sup>13</sup>.

—¿A qué viene eso, Manuel?

—Que nuestra generación no hace nada por levantar esta ruina, ni desde el estrado ni el cuartel. Hace un rato, en el salón, entre la fatuidad de los poderosos y la trivialidad de los plumíferos, a nadie parecía importarle mucho que nuestro país ocupe hoy solo una parte de lo que ocupaba dentro

13. En “Discurso en el Teatro Olimpo”, 1888.

del continente décadas atrás, como si Tacna, Arica y Tarapacá ya fueran territorios ajenos. Todos han olvidado que son poblaciones cautivas y que el enemigo nos sigue venciendo, incluso cuando ya se ha marchado a casa.

José Benigno Ugarte se detuvo, inquieto, expectante. Las sombras de ambos hombres se proyectaban, titilantes, sobre el pórtico del teatro Politeama. Estancadas, ambas proyecciones agrandaban las dimensiones de los cuerpos y tergiversaban sus formas, ondulando al ritmo de los faroles. Eran la caricatura en negro de la conversación, la ficción de ese presente.

—¿Entonces? —indagó el profesor, esperando la revelación del oráculo, pues el poeta se estaba convirtiendo en luz esa noche.

—Ya es hora de que “rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz”<sup>14</sup>, hermano —le confió con dolor, don Manuel González Prada.

—¿Quieres predicar, parlotear como ese inglés; tener un público rendido y un auditorio donde elevarte para todos?

—No estoy bromeando, José. Sólo...

—Y yo tampoco... Estoy preguntando, Manuel. O te estoy retando. Mira este lugar. Aquí caben 2.500 personas. No hay coliseo más grande ni recinto más atractivo. Desde los niños hasta el presidente de turno podrían escucharte hablar sobre la necesidad de ponernos en pie.

—José, José, “yo no vengo a guiar, sino a ser arrastrado por el buen camino”<sup>15</sup>.

—Pues déjame decirte, querido amigo, que aún no se ha puesto la primera piedra de ese sendero, pues no hay camino bueno ni malo ya que no tenemos una ruta por tomar ni encrucijada para decidir. Hemos dejado el salón de celebraciones, huyendo de la petulancia o la simulación; pero no podemos escapar de esta responsabilidad como saliendo de un lugar. Soy un profesor de escuela, Manuel, mis ojos nunca se hundieron en el pasado, porque atienden con esperanza lo que está delante.

—Por eso mismo, un día usaré las palabras, José. Las justas y las necesarias en favor de los años que vienen, no por los meses, quinquenios y siglos que hemos perdido —declaró don Manuel González Prada al alejarse con la frente en alto, antes de doblar la esquina de la calle del Sauce, en una noche de Lima sin fecha ni horario, cerca del teatro Politeama; aunque más cerca aún de sus urgencias como individuo y sus compromisos como ciudadano, tarareando una canción antigua con la certeza de su juventud de cuarenta años en el cuerpo y la fortaleza de su destino en la página todavía en blanco.

(Lima, octubre del 2008)

14. En “Discurso en el Teatro Olimpo”, 1888.

15. En “Discurso en el Palacio de la Exposición”, 1887.



“El porvenir nos debe una victoria”.  
La insólita modernidad de  
Manuel González Prada

Editor: Thomas Ward



*IEP Instituto de Estudios Peruanos*

**LOYOLA/NOTRE DAME LIBRARY,  
BALTIMORE, MARYLAND**

© Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú  
Av. Universitaria 1801  
Lima 32, Perú  
www.redccss.org.pe

"EL PORVENIR NOS DEBE UNA VICTORIA".  
LA INSÓLITA MODERNIDAD DE MANUEL GONZÁLEZ PRADA  
Editor: Thomas Ward  
1ª edición: julio 2010  
Diseño de la carátula: Camila Bustamante  
ISBN: 978-9972-835-12-4  
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2010-08250

Esta publicación ha sido posible gracias al generoso aporte de la Fundación Ford.

**PQ 8497 .G6 Z76 2010**

**"El porvenir nos debe una  
victoria"**

---

BUP-CENDI

El porvenir nos debe una victoria : la insólita modernidad de Manuel González Prada / Editor  
Thomas Ward. -- Lima : Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2010.  
462 p.

1. González Prada, Manuel, 1844-1918 -- Crítica e interpretación 2. Liberalismo -- Perú  
3. Anarquismo -- Perú

869.55 (SCDD)

---

La Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú está conformada por la Pontificia Universidad Católica del Perú, el Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico y el Instituto de Estudios Peruanos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este texto por cualquier medio sin permiso de la Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Derechos reservados conforme a Ley.